

A OCHO DIAS VISTA

Vaya con éstos renglones,
el más entusiasta aplauso
para el Alcalde Mayor
que nos dió el Ministro hidráulico,
si, como nos presumimos,
inspiran todos sus actos
las mejoras de su pueblo,
y no intereses bastardos.

Por fin el martes ¡día trece!
comenzaron los trabajos
de la *rue* de la Estación,
que según los iniciados
en la materia, será
enlosada de basalto.

Bien puede en éstos momentos
don Enrique hallarse ufano,
al ver con ésta mejora
su constante afán colmado;
mejora que ven con gusto
todos sus administrados
sin distinción de matices;
mejora que habla muy alto
de lo que puede un Alcalde
cuando éste Alcalde es *agrario*;
de lo que puede un Ministro
cuando quiere, y tiene a mano
un presupuesto, y desea
que salga un paniaguado.

Yo, señores, francamente,
como soy asaz fanático,
temo que la tal mejora
nos resulte *algún gazapo*,
pues que comenzarla en martes
y ¡trece!... ¡me trae intrigado!

Ojalá y me equivocára,
y que todo ese aparato,
no se torne en espejuelo
para cazar *azorragos*,
(nombre con que se designa
en mi tierra a los incautos).

El Contable

LA ESPERANZA

Las ilusiones toman con frecuencia el manto de la Esperanza: le dividen en pedazos, se cubren con ellos y van a visitar las cabezas enfermizas o los corazo-

nes estragados de los mortales: éstos las confunden con la Esperanza: las acogen con amor, las acarician, las abrigan, y las pèrfidas, después de haber saciado su sed en la savia de su cerebro, huyen riéndose descompasadamente y dejando las más espantosas tinieblas en el espíritu débil que las acogió. ¿Por qué la Esperanza se deja robar y desgarrar un hermoso manto? me preguntaréis acaso, amables lectores. Yo os contestaré: La Esperanza deja sonriendo que las ilusiones se apoderen de él, y al mirarlas volar sobre la tierra, exclama satisfecha:—Corto será vuestro reinado: el mío es más hermoso y duradero, pues cuando abandonáis a los míseros mortales desengañados y abatidos, a mí me toca volar a reanimarles, y a prestarles consuelo.

Vuestra misión es herir, la mía curar las heridas que hacéis. Y en efecto: vedla al lado de todos los dolores de la vida: vedla sentada junto al que llora: reclinada en el lecho del moribundo; vedla velar las tumbas de los muertos: vedla, en fin, hasta en el caldoso, mostrando al cielo con su blanca mano al delinciente que expira arrepentido.

A mí me conoce y ama como a una amiga, la veo en mis largos y solitarios paseos mecerse en las ramas de los árboles: la oigo en la campiña cantar con los pájaros; a su arrullo me duermo, a un dulce llamamiento despierto; ella cortó hoy mi pobre pluma para escribir este artículo; ella, en fin, es mi paño de lágrimas.

Cuando la Esperanza, bajó del cielo al mundo, trajo un hermoso adolescente que tiene por nombre el *Consuelo*, al cual enseñó el camino de todos los corazones, el Consuelo vá unido siempre a la Esperanza. La Esperanza es la que guía todos nuestros pasos en el sendero de la vida. La madre sufre todos sus dolores y penalidades, nó por el egoísmo que encierra la idea de que sus hijos la paguen en la ancianidad cuanto por ellos sufrió, sino alentada por la *Esperanzagenerosa* de contemplarles un día fuertes, virtuosos y felices.

El soldado arrostra los peligros del combate, porque la *Esperanza* le enseña a lo lejos una corona de inmortal laurel. El marino reza en la tempestad a la reina del cielo, porque tiene su *Esperanza* cifrada en tan cariñosa señora. El desgraciado sufre sus dolores con paciencia, porque la *Esperanza* le promete alivio de ellos en la tierra, o el precio de su resignación en un mundo mejor.

El mártir soporta heroicamente sus tormentos porque *espera* el cielo que la fé le descubre. El poeta pasa sus breves días con la cabeza abrasada, sus noches sin sueño, y sus amargos desengaños, *esperando* conquistarse un glorioso renombre que le compense de todas sus fatigas. Yo amo tanto a la *Esperanza* que la prefiero a la posesión; la mísera condición humana se astía pronto de lo que posee, y desea con ardor lo que vé a lo léjos.

La posesión fatiga y aburre a los mortales sin excepción; pero se hace insoportable a las imaginaciones volcánicas que sueñan constantemente un *más allá*, al cual siempre se acercan y jamás les es dado alcanzar. No hay cosa que no gane con ser *esperada* y que no pierda con ser *poseida*: nuestros deseos son insaciables y siempre anhelamos lo que no tenemos.

Celinda

Daimiel, Febrero.